

Recordar, compartir, aprender

Alicante

Julia Mora Rodríguez, 96

Copelia Mateo, 19

LOS AÑOS ENFURECIDOS

Trece de mayo de 1910, Puerto Lumbreras, Murcia. Esta maravillosa fecha corresponde al día de mi nacimiento. Puesto que no recuerdo demasiado, y muchas veces deseé que no hubiera existido, demos un salto en el tiempo y hablemos del comienzo de mi vida laboral: mis ocho años. Sin duda, puede parecer una edad muy temprana, pues bien, yo también lo pienso.

Fue en aquella huerta llamada “El Badén”, recogiendo cebada donde empezó mi precipitada vida laboral, sin conocimientos de lectura, escritura, sin apenas saber jugar ahí estaba yo agotada y explotada, trabajando de sol a sol para que unos cuantos caciques desalmados llenaran sus enormes barrigas a costa de niños, campesinos, incluso ancianos. Todo valía mientras les quedase el mínimo soplo de energía.

Así fue la época en la que transcurrió mi infancia, plagada de déspotas crueles, un lugar donde tu vida no tenía la más mínima importancia a no ser que tuvieras una situación económica privilegiada.

Hablemos ahora de 1931, año en el que los republicanos abolieron la monarquía y fue proclamada la Segunda República. Los pueblos enteros se levantaron, todos salimos a la calle. Con la república la situación mejoró, los patronos no mandaban tanto y se formaron sindicatos, ya no pasábamos tanta hambre. Desgraciadamente esta próspera etapa no brilló por su longevidad.

En el año 1936 hubo unas elecciones del pueblo en las que ganó la izquierda y es el momento en que estalla la guerra. Nos enteramos de esta terrible situación por medio de los periódicos, pero jamás imaginé que durante los años venideros mi hogar iba a estar afincado en el mismísimo infierno. En este momento el pueblo debía decantarse por izquierdas o derechas. Estos eran tiempos de hipocresía donde la gente se acercaba al bando que más le convenía llevándose a quien fuese por delante.

Créanme cuando les digo que he sufrido la traición en mis propias carnes.

Me inicié en la política y fundé el Sindicato Femenino de Oficios Varios. Éramos 700 mujeres en el sindicato, este funcionaba bien, mi tarea era dar trabajo a muchas mujeres. Un día llenamos dos camiones con provisiones y fuimos a llevárselas a nuestros paisanos de Murcia que estaban en el frente, más arriba de Castellón. Una vez allí sufrimos un bombardeo por unos aviones a los que nosotros llamábamos “pavas”, nunca olvidaré el ruido ensordecedor de aquellas sirenas, no olvidaré jamás como tiembla la tierra cuando explotan las bombas, ni la terrorífica visión de los aviones enemigos acercándose. Tuvimos que salir corriendo hacia los refugios. Finalmente pudimos entregar las provisiones a los soldados y volvimos sanos y salvos a Murcia.

Me trasladé a Cartagena para trabajar en la Fábrica de Armamento Nacional. Compaginaba mi trabajo con la política, trabajaba para el ayuntamiento, me nombraron concejala de plaza y mercado. En mis ratos libres también trabajaba con el Sindicato de Mujeres Antifascistas.

Decidí dejar de trabajar y dedicarme exclusivamente al Partido Comunista. Fuí detenida por primera vez y encarcelada en Yecla por repartir unos panfletos hechos por mi partido, en contra del gobierno que proponía Largo Caballero. Pasé 15 eternos días en prisión hasta que mi partido me liberó. Unos días después un compañero nos anuncia que la guerra había terminado.

De este modo, decidimos irnos hacia el puerto de Alicante, a pie por supuesto. Jamás olvidaré la impresión que tuve al ver a tanta gente en el puerto, todos queríamos desesperadamente salir del país, pero eso no fue posible. Un rayo de esperanza iluminó nuestras vidas, un barco se acercaba en la lejanía pero los cañonazos y bombardeos desde el castillo hicieron que se alejase más y más hasta desaparecer por completo.

Pasamos tres días en el puerto sin comer, sin dormir y empapados por la lluvia. Los soldados de Franco ordenaron a las mujeres y niños que se levantaran que iban a regresar a sus hogares, yo desconfiada me escondí, y no me descubrieron, decidí que de forma voluntaria yo no iba a ningún sitio. A la mañana siguiente aparecieron las mujeres y los niños en fila, no se los habían llevado a ninguna parte, los niños durmiendo en el suelo, sin comer, una imagen verdaderamente dantesca.

Recordar, compartir, aprender

Unas horas más tarde un ejército italiano de fascistas empezó a dispararnos con pistolas de foguero, la gente iba retrocediendo y algunos cayeron al mar y murieron ahogados. Nos pusieron a todos en fila, una fila interminable, una mañana inacabable. Su propósito era llevarnos a otro sitio, nunca olvidaré el miedo que sentí aquella mañana, eran capaces de matarnos a todos a sangre fría.

Al anochecer nos dividieron; se llevaron a todos los hombres, a nosotras y a los niños nos metieron en un cine, los falangistas comenzaron a registrar a las mujeres que estaban delante, las dejaban en cueros y las despojaban de todas sus pertenencias. Cuanto más se acercaban más temblaban mis piernas y el terror se apoderaba de mis sentidos, hasta que la Guardia Civil les prohibió seguir con tal barbaridad, entonces pude respirar.

Por la mañana nos llevaron a una misteriosa finca. Sin mantas y durmiendo sobre esparto, nos despertamos llenas de piojos. De comida nos daban una lata de sardinas con cinco sardinas para dos personas. Pasamos mucha calamidad, los niños lloraban hambrientos, la gente enfermaba, las condiciones en las que nos tenían eran inhumanas. A los dos días nos liberaron y nos metieron en un tren rumbo Albacete, allí me alojé en casa de mi hermana.

El 24 de Diciembre de 1940, me encierran de nuevo en la cárcel, víctima de una traición por parte de un amigo de la infancia. No puedo expresar la furia que sentí al enterarme de que me había denunciado por “roja”. Confundida y dolida negué conocerlo; el sargento me propinó tal bofetada que muchos de mis dientes cayeron al suelo. El tiempo pasaba y no sabía nada de mi familia. Estando en prisión murió mi padre, me enteré de su muerte dos meses más tarde. Pasé mucho tiempo en la cárcel hasta que al fin pude ser libre.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Les presento a Julia Mora Rodríguez y ésta es su historia, ahora cuenta con 97 años de edad, una salud de hierro y tremendas ganas de vivir. Es un ejemplo para todos nosotros, una persona cuyos valores han sido la justicia, la lealtad, la valentía y sobre todo la amistad, ella no dudó nunca en darlo todo para ayudar a otra persona.

Después de tantos años y tantas cosas vividas para ella lo más importante es la amistad. Por muy crudas que hayan sido las circunstancias, siempre lo ha dado todo por ayudar a sus amigos, incluso ha llegado a arriesgar su puesto de trabajo y cedido su plaza en un barco que la hubiese alejado de este país en guerra, por gente que apenas conocía.

Para Julia Mora la justicia es un valor primordial, indistintamente de la raza, cultura, religión o forma de pensar que una persona pueda tener, ella siempre ha querido hacer justicia y ayudar a los más desfavorecidos con lo poco que tuviese.

Por tanto lo que merece la pena de la vida es saber que tienes a tu lado a gente que se preocupa por ti, saber que no envejeces sola y sentir la gran satisfacción de poder ayudar a personas que realmente te necesitan, porque con el tiempo aprendes que las riquezas no tienen ningún valor.